

Río subterráneo

La piel de un mundo frágil

Claudia Guillén

La narrativa de los escritores nacidos en los años setenta no sólo es vigorosa sino que en ella se integra un registro de voces que, desde la ficción, logran un nuevo punto de vista literario. Autores como Luis Jorge Boone, Daniela Tarazona, Antonio Ortuño, Guadalupe Nettel, José Mariano Leyva, Orfa Alarcón, Daniel Espartaco, Socorro Venegas, Antonio Ramos, Nadia Villafuerte, Julián Herbert, Iris García Cuevas, Yuri Herrera, Jaime Mesa, David Miklos, César Silva Márquez, por mencionar algunos, han construido su discurso narrativo empapados por su contexto sin dejar de lado sus obsesiones temáticas, que surgen de las necesidades de los tiempos en los que les ha tocado vivir. Es decir, esta generación trasladada en sus obras la realidad contemporánea a pensamientos que van de la mano con el inconsciente colectivo, y sin problema se desplazan de una perspectiva a otra con la intención de no ser encasillados en una corriente, afirmando su individualidad artística. Son, pues, los narradores mexicanos de principios del siglo XXI.

Cuando apareció la primera novela de Daniela Tarazona, *El animal sobre la piedra*, apuntaba yo que este relato quizá sería el germen temático de los futuros textos de esta autora, pues la fuerza del tratamiento psicológico de los personajes era el material literario a desarrollar. Conforme avanzaba en la lectura me adentré en una historia que, como en un juego de cajas chinas, saca a la luz una realidad dentro de otra que, en primera instancia, parecería inverosímil, pero que con el avance de la trama se vuelve tan palpable y atractiva que uno podría desear vivirla, aunque fuera por un momento: esa realidad inmersa en un cuarto con paredes aparentemente pintadas de arena que, como una piel endurecida o un caparazón de in-

secto, protegen a quien lo habita del miedo que le da el mundo a su alrededor.

En su nueva novela, *El beso de la liebre*, Tarazona recurre nuevamente a escarbar en ese imaginario que se adentra en mundos oníricos y echa mano de un eficaz tratamiento psicológico de sus protagonistas. En este caso, Hipólita Thomson se desplaza por su espacio terrenal como una elegida por Dios. Sin embargo, Hipólita es una elegida atípica, pues si bien fue dotada con varios poderes, también es cierto que sus decisiones no siempre son las correctas: ella no tiene claro qué clase de heroína es.

En un país del que nunca se dice su nombre y en donde la guerra dejó secuelas muy graves tanto en la forma de vida de los pobladores como en su psicología interna, nace, por primera vez, Hipólita Thomson. Su madre la abandona afuera de la casa del señor Guillermo Thomson. La protagonista crece en un espacio solitario, alejado de la sociedad, pues su padre fue víctima de la “Guerra de Cinco Días”. Sin embargo, cuando ella va creciendo se encuentra con el enviado de Dios, quien se presenta ante Hipólita para mostrarle todas sus capacidades no humanas: puede volar, tiene poderes de telequinesis y es inmortal, entre otros dones.

Como cualquiera de nuestros superhéroes de la infancia, Hipólita tiene una doble vida: es panadera por la noche y por el día es superheroína. Sin importarle, en principio, que su destino estará marcado por su “misión en la vida”, deja el aislamiento con su padre para integrarse a la ciudad como una más de sus pobladores. El amor que le despierta el enviado de Dios la hace sentir más débil y distraída y cae por la ventana ocho pisos abajo, hasta morir, por primera vez. La Gran Peste atacaba a la población. Hipólita sufre una transformación física que

la asemeja a una víbora con escamas, Dios se escandaliza pues la apariencia de su elegida lo remite al mal, así que ordena al emisario que acabe con ella para que vuelva a nacer. Lo único que nunca cambiará, en sus diferentes reencarnaciones, será su nombre: Hipólita Thomson. Ella viaja con Leónidas, su caballo, y sus espadas para realizar diversas travesías hasta otros continentes como el de Abia, que le es muy particular porque recuerda la morada de su infancia en el Territorio de Aislamiento de su padre.

Son muchas las experiencias que tiene esta protagonista en sus diversas reencarnaciones y diversas, también, las atmósferas donde se desarrolla la trama de esta novela. Es decir, tanto en su estructura atemporal como en las situaciones que se presentan durante el desarrollo del relato, Tarazona construye un personaje insólito que muestra las debilidades del ser humano y cómo éste ha acabado con sus recursos naturales. Hipólita, que pareciera tener labios de liebre, vive en la Tierra de los hombres perdida en sí misma y por eso le es difícil lograr la tarea que le fue encomendada por Dios. Como, por ejemplo, acabar con el *Ser* que fue construido por Madame Noël semejante a un Frankenstein, pues tiene el corazón de Hipólita en su primera muerte y los retazos de piel de otros muchos, y que parece encarnar los “pecados” de la población que habita la Tierra de los hombres.

El beso de la liebre es una novela donde dialogan tanto la ironía como la desesperanza y el desamor, sus temas eje, con el escenario de un mundo trastocado por las continuas guerras que acabaron con los valores de todo tipo para crear un entorno donde se reconoce la piel de un mundo frágil. **U**

Daniela Tarazona, *El beso de la liebre*, Alfaguara, México, 2012, 236 pp.

